

El teleclub, historia de la TV

A Chaira llegó a tener 62 de estos centros en los que ver la televisión

ANTONIO CENDÁN

VILALBA

La televisión llegó a ritmo de «cha-chá». A Galicia llegó tarde y a Terra Chá mucho más. Había transcurrido ya una década del inicio de las emisiones televisivas y el nuevo medio de comunicación continuaba siendo el gran desconocido para la mayoría de los chairegos. Al escaso poder adquisitivo —un receptor de televisión costaba 15.000 pesetas de las de 1966— se unían las dificultades técnicas que impedían que la señal de las 625 líneas llegase correctamente a todos los rincones de Terra Chá.

Para que todos los chairegos, y por extensión muchas comarcas de similares características en el resto del Estado, en 1964 el Ministerio de Información y Turismo, del que era titular el vilalbés Manuel Fraga Iribarne, ideó los famosos teleclubes, unos pequeños centros que tenían como finalidad la de enseñar el lenguaje televisivo a las gentes que residían en las zonas más deprimidas. Entre ellas, y como no podía ser de otra manera, se encontraba la comarca chairrega, siendo la que llegó a contar con un mayor número de centros televisivos, un total de 62, distribuidos por toda la planicie de forma regular.

El Concello de **Castro de Rei**, con 15, fue el municipio lugués que concentró un mayor número. Además de su capital, los restantes se distribuyeron en las parroquias de **Ansemar, Azumara, Balmonite, Coto, Gobierno, A Noca, Mós, Pacios, Preveso, Ponte de Outeiro, Ribeiras de Lea y Viladonga**.

Le seguía en este curioso ránking el vecino concello de **A Pastoriza** en el que se con-

tabilizan 14. Se emplazaban en **Agarda, Álvaro, As Rivas, Baltar, Bretoña, Fontao, Gomil, A Lagoa, Santiago de Reigosa, San Vicente de Reigosa, Saldanxe, Vian y Úbeda**. En **Abadín** hubo diez y se ubicaron en las parroquias de **Baroncelle, Corvite, Galgao, Goás, Moncelos, Moutouto,**

Outeiro-Labrada, Quende, Vilarente y Romariz.

En **Vilalba** funcionaron siete, distribuidos en las parroquias de **A Frouseira, Belesar, Bubián, Codesido, San Simón da Costa, Lanzos y Rioaveso**. Por su parte, se dotó a cinco parroquias de **Guitiriz** con otros tantos teleclubes, concretamente a las de **Ferreiros, Mariz, Pedrafitá, Pígara y Parga**.

En tanto que en **Begonte** funcionaron cuatro, uno de ellos en la capital y los otros tres en **Damil, Saavedra y Santalla de Pena**. La misma cifra tuvo **Cospeito** y se distribuían en **Arneiro, A Feira do Monte, Bexán y Xustás**. Finalmente, **Xermade**, sólo llegaría a tener tres, que se emplazaron en **Cabreiros, Pedreiro y Roupas**.

Reunión nocturna

Todas las noches, después de cenar, un número grupo de vecinos se acercaba hasta el teleclub de su parroquia para ver la programación televisiva. En aquel entonces ya se podían contemplar los tradicionales telediaris, además de programas que hicieron época como *Un millón para el mejor* y *Estudio Abierto*. También se inició el bombardeo publicitario como el popular negrito del Cola-Cao, que hoy sería tildada de racista, o la no menos conoci-

da de determinadas marcas de caldo y detergentes. Todo ello forma parte de la historia del mundo audiovisual. En Galicia, y especialmente en la chaira, los teleclubes desarrollaron actividades paralelas, que han dejado un recuerdo más grato que la propia televisión.

Además de receptores televisivos, a los teleclubes se les dotaba también de libros, revistas y publicaciones. Con ello, se pretendía acercar la cultura a los lugares más desfavorecidos. De hecho, en el terreno cultural fue donde más se notó su labor, principalmente con las campañas de alfabetización para adultos desarrolladas a finales de los 60 e inicios de los 70. Tampoco faltaron los concursos de fotografía y actividades de carácter estacional, entre ellas las navideñas.

Belén

Así, en 1972 nacería el famoso Belén de Begonte, hoy en día convertido en referente de la navidad lucense. Del mismo modo, desarrollaron actividades lúdicas y recreativas, entre las que destacaba la organización de excursiones a distintos puntos de Galicia. Sin embargo, la labor de estos centros no se circunscribió únicamente al ámbito educativo y cultural. Así, en el periodo 1966-1975, los

responsables de los teleclubes, curiosamente denominados monitores, y sus respectivas juntas directivas fueron los encargados de gestionar un gran número de obras rurales, entre ellas varias acometidas de agua y la mejora de muchas vías, labor que era propia de otro tipo de corporaciones.

De hecho, sería en el terreno agrícola y ganadero donde los teleclubes alcanzaron un mayor

éxito. Las entidades creadas al amparo del Ministerio de Información impartieron cursos agropecuarios, en los que se enseñaba a sus miembros técnicas de explotación agraria y se les conminaba a que llevasen a cabo concentraciones parcelarias que, por cierto, rara vez llegarían a realizarse.

Los teleclubes contaban con subvenciones de la Junta Central de Iniciativas Turísticas. También recibieron apoyo de la Fundación Barrié. Pero, para estimular la competencia entre los distintos centros de crearon los Premios de Desarrollo Comunitario, con los que se quería estimular las distintas actividades. Fueron varios los centros que se verían recompensados con estos galardones, entre ellos el guitiricense de **Pígara**, que obtuvo el segundo premio en 1972, y el de **Bazar**, que al año siguiente sería el tercero.

En la década de los setenta vivieron su apogeo

La importancia e influencia que llegaron a alcanzar los teleclubes mediada la década de los años 1970 fue tal que hasta llegarían a poseer su propio medio de expresión, la revista *Teleclub Galicia*, que se editó, de forma mensual, en la capital luguesa, entre los años 1972 y 1974.

Era una pequeña publicación destinada a proporcionar información sobre todo *aquello que afectase de forma directa o indirecta a los centros de los que se había erigido en portavoz*. Con el paso de los años y la constante sangría poblacional chairega, a los que hay que añadir el cambio de hábitos

de la práctica totalidad de los habitantes de Terra Chá y el consiguiente progreso tecnológico, hizo que la práctica totalidad de los teleclubes fuese cerrando de forma paulatina sus puertas.

Sólo quedan cinco

En la actualidad no funcionan más de cinco y ninguno guarda ya relación alguna con las actividades que desarrollaron en su pasado más próspero. La gran parte de los teleclubes han sucumbido, no sólo al paso del tiempo, sino también a sus propias fuerzas. La mayoría de los locales que un día fueron grandes centros de reunión y estímulo vecinal presentan un estado deplorable.

Alrededor de algunos, como el de **Saavedra**, en Begonte, las zarzas se han encargado de arruinar su glorioso pasado. Aunque, aún ha sido duro el devenir del vilalbés de **A Frouseira**, del que, algunos desaprensivos se han encargado de destrozar sus puertas y bancos, así como el viejo receptor de televisión. Su imagen, degradada, representa el olvido y el pasado en la que la televisión no era tan influyente, pero era algo más que telebasura.

En su casco histórico quedan los vestigios de lo que fue el centro ferroviario más importante de Terra Chá. También aquí se daban cita gentes de todo tipo de procedencia para facturar los más diversos productos o viajar hasta A Coruña. Al igual que sucedió con Baamonde, todos los sectores de la villa se vieron afectados por el paulatino desmembramiento del ferrocarril, desde el personal que prestaba servicios hasta los hosteleros, aunque, debido a otras circunstancias, Rábade aguantó mejor el descarrilamiento del tren que otras localidades de la comarca chairega.

Sin embargo, no sólo Rábade y Baamonde sufrieron las consecuencias de la reducción de trenes y horarios, también les pasó algo similar a localidades como Guitiriz y Parga, que experimentaron consecuencias similares. Si se mira desde la perspectiva histórica, los escenarios no difieren prácticamente de los anteriores.

Estaciones en las que ya no queda nadie. Tampoco hay viajeros y se reproduce la escena de la eterna pensión próxima a centros ferroviarios, al igual que los carteles que recuerdan un viejo negocio, ya bien fuesen bares o casas y locales desvencijados por el abandono de sus antiguos inquilinos y por el paso del tiempo, que no ha sido poco.